

camino delicioso. La celebridad de estas cataratas se ha extendido de tal manera en los últimos años que solo ceden en fama al salto del Niágara. La Crica ó corriente occidental del Canadá, que el mapa representa como un arroyuelo insignificante, se abre paso por medio de un cauce de rocas, y en muchos puntos sube á la altura de ciento y cincuenta pies ingleses (*). En la cumbre hai una selva de enormes cedros, y muchos de ellos, que pertenecen á la especie del cedro blanco que deja caer sus ramas como el sauce lloron, crecen en las hendiduras de la montaña, y en varios sitios casi bañan su obscuro follage en el torrente. La roca es de una piedra caliza de color ceniciento, y suele presentar una superficie unida semejante á una muralla. Cerca de la posada hai una rampa mui pendiente y con escalones mui peligrosos, que baja hasta la madre de la corriente: allí os creeriais encerrados en una profunda sima de roca sólida, sin otra abertura aparente que la del cielo. El torrente se precipita con una rapidez inconcebible, y sus aguas, negras como la noche, corren tan al nivel de la peña donde estais, y esta se adelanta con tal perfidia, que nada os advierte el peligro. En los tres años últi-

(*) El pie ingles es algunas líneas mas corto que el nuestro.

mos dos jóvenes, á pesar de hallarse en medio de sus familias, dieron un paso mas y desaparecieron para no volver jamas sobre la tierra, como si hubieran sido presa del poder mágico del genio de las aguas. La ancha plataforma que sirve de pie á la escalera, se extiende un poco á lo largo, y de repente parece que la muralla perpendicular de la montaña detiene vuestros pasos; pero el espíritu de arrogancia que excita siempre la mente del hombre, no conoce freno ni barrera: « La raza temeraria de Japeto » no puede ser contenida ni por rocas ni por torrentes. Con el auxilio de algunos barrenos de pólvora, han hecho saltar un gran pedazo de montaña, para formar una especie de esplanada alrededor de un punto, y así, cuando se dobla la extremidad de ella, se ofrece á los ojos del viajero un mundo de cataratas que saltan todas juntas con un magnífico desorden. Sin embargo para acercarme siquiera al punto desde donde se puede contemplar su sublime juego, sufrí considerablemente; hai afianzada en la roca una cadena que sirve para sostenerse, al arrastrarse por aquel precipicio desvanecedor, y á mí me sirvió en efecto en el esfuerzo que hice para adelantar algun terreno; pero se acabó la cadena, y sin ella menguó mi valentía, aunque los demas continuaron ganando espacio, y volvieron contando maravillas

de la sublimidad de la escena, cuya grandeza iba creciendo mas y mas. Mis pobres rodillas me flaquearon, la cabeza me daba vueltas como un remolino, y por lo tanto, mientras los demas ganaban la vuelta de la roca, yo tuve que sentarme y esperarlos en la plataforma de la escalera.

Ciento y cincuenta pies de rocas negras y peladas á un lado, al otro una elevacion igual coronada por una banda solemne de corpulentos cedros, un torrente insondable bramando en aquella cárcel, los vivos recuerdos de la leyenda pavorosa del recinto, la idea de que mis hijos estaban al borde del horrible abismo que acababa yo de dejar.... ; qué combinacion tan lúgubre de imágenes y pensamientos! Y aun no se habia completado el horror de aquella mansion del espanto. A poco de haberme sentado, sacudió la atmósfera un trueno tan horrisono, que al repetirlo sucesivamente por todas partes los ecos del hondo precipicio, pareció que las montañas habian sido arrancadas de sus eternos fundamentos. Yo creí que el suelo donde me habia sentado retemblaba; pero el efecto total fué tan superior en sublimidad, que ni aun tiempo me dejó la admiracion para sentir el miedo. Mis hijos volvieron inmediatamente; y todos juntos contemplamos con entusiasmo el aparato sombrío, con que

cubrieron las nubes de un velo espeso la boca del abismo, y el estruendo rival del torrente y la tempestad, saboreando enagenados esa deliciosa exaltacion de espíritu que hace arrosstrar los peligros y aun provocarlos. Unas cuantas gotas sumamente gruesas, présagas de la lluvia que iba á caer, nos asustó mas que todos los horrores de la escena anterior, ó por mejor decir, nos volvieron el sentido, y nos retiramos por la espantosa escalera, llegando á la posada felizmente sin agua y sin accidente alguno. Al dia siguiente nos levantamos mui de mañana; la tempestad de la noche pasada habia refrescado el aire y contribuido á reparar nuestras fuerzas. Nuestra jornada fué por diferente camino, y en vez de bajar como antes, atravesamos la tenebrosa selva, subiendo la ladera de la montaña, pero bastante cerca del borde del derrumbadero para ver de cuando en cuando las escenas de su profundidad. Al cabo de algun trecho, la senda comienza á bajar, y va hasta una especie de puerto de que ha hecho célebre mencion Miss Sedgwick en su Clarenza ó « Clarence. » Este punto es el mas bello de las cataratas. Tiene una pequeña balaustrada por el frente que le sirve de balcon, la cual está literalmente colgada sobre el tremendo cáos. Aunque es una baranda endeble, inspira la confianza de la seguridad, en que se

cree cualquiera que se asoma á ella : yo me acuerdo que experimentaba la misma sensacion que habia experimentado antes, viendo por una verja altísima un toro enfurecido que estaba al otro lado. Las paredes de esta glorieta estan cubiertas de nombres autógrafos, y yo me sentí mui acosada de la risa, al contemplar ese juego de la vanidad, cuando un individuo de nuestra reunion descubrió entre los innumerables garabatos que llenán la roca : — « *Trollope, England,* » es decir « Trollope, Inglaterra. » Los bien conocidos caracteres fueron saludados con tanto placer que no pienso volverme á reir jamas de que cualquiera deje su nombre, donde sea posible que un amigo lo encuentre.

Volvimos á comer á Utica, y nos hallamos con que era menester que aguardáramos la diligencia de Rochester que debia salir al dia siguiente, ó que nos resignáramos de nuevo á soportar los tormentos del *paquebote* del canal. Nuestra impaciencia nos indujo á preferir el segundo partido, no mui prudentemente en mi sentir, porque las incomodidades se acrecentaban por instantes para nosotros. Los distritos de Oneida y Genesía son en extremo hermosos ; pero si no hubieramos vuelto por otro camino, mui poco hubieramos podido contar de ellos. Desde el canal nada se ve

bien, y, hablando en plata se ve poquísimos. Yo creo que toda mi diversion se redujo á oir nombres. Una ciudad, que consiste en la taberna donde se vende el huiquí, y otro tendajo de mala muerte, se llama Puerto-Byron. El primer nombre que yo ví en Roma escrito sobre la puerta de un bodegon, fué el de Remo, cosa que hacia infinito honor á la instruccion clásica de los padrinos y madrinas del establecimiento ; pero seria nunca acabar ir refiriendo las sandeces sin fin de esa especie que nos salian al encuentro. Al segundo dia de haber salido de Utica, llegamos por la mañana á Rochester que dista ciento y cuarenta millas, y confirmamos nuestra resolución de no volver á poner los pies en ningun barco de canal, á lo menos, en América.

Rochester es una de las ciudades mas famosas que se han construido por el plan de los edificios á la ligera. En efecto contiene muchos de madera que son magníficos, y mas casas, almacenes, factorías y máquinas de vapor que se han levantado jamas en un espacio igual de tiempo al que se ha gastado en alzar esta ciudad ; pero me dijo uno de mis compañeros de viaje, que todavía estaban por arrancar en las bodegas los tróncos de los árboles cortados para edificar sobre el terreno del bosque.

El salto de Genesía está junto á la poblacion y dentro de unos cuantos meses estará quizas

en el centro de ella. Es una soberbia cascada, que cae perpendicularmente de una elevacion de ciento sesenta pies ingleses; pero yo la ví por la ventana de una factoria, y como no me gustaba aquella manera de verla, me condujeron mui urbanamente á la puerta de un molino de aserrar: en suma, han sacado tal partido y con tanto ingenio del gran privilegio de agua, que no hai un sitio donde su voz y su movimiento se encuentren confundidos con la voz y el movimiento de la admirable maquinaria de esta floreciente ciudad.

La catarata de Genesis ha adquirido fama por haber sido donde el loco aventurero Sampatch dió su último y fatal salto. Ya habia saltado otra vez, y habia logrado volver sobre el agua y ganar la orilla del río perfectamente salvo; pero la última vez lo vieron vacilar al precipitarse, y no lo vieron ya mas. Parece que habia tenido algun presentimiento de su suerte, porque, habiendo llevado siempre consigo un oso, que era su compañero en todas esas aventuras de precipicios y torrentes, y que se arrojaba al agua detras de él, saliendo tambien con él sin lesion, lo dejó encargado este dia á un amigo, á quien legó su posesion, en caso de que no volviera. Nosotros vimos el oso que mantienen y cuidan en la fonda principal de Rochester — soberbio animal, y el mas manso que he conocido de su especie.

Desde aquí empezó nuestra expedicion á tomar un aspecto mas montaraz y salvaje. A uno y otro lado del camino no se ve mas que selva, y la aparicion de alguna que otra choza es un rarísimo evento. Afortunadamente la senda fué buena durante la mayor parte del dia, porque es un arrecife que corre á lo largo de la loma, cuya cima ofrece ese sendero natural. Esta cordillera tiene una elevacion mui extraña, y la opinion mas en boga acerca de ella es: que antiguamente formaba la linde del Lago-Ontario, junto al cual pasa. Cuando se acabó la loma, se acabó el camino, y lo restante de la jornada hasta Puerto-Lock que corre por un terreno pantanoso y lleno de troncos que cortan el paso á cada instante, fué martirio de que, á buen librar, salimos con muchos coscorriones y todas las coyunturas de nuestros magullados cuerpos casi dislocadas.

Puerto-Lock es sobre toda comparacion el pueblo mas raro que yo haya visto en mi vida. Tan pronto como abatian una media docena de árboles, levantaban una *factoria*; los troncos disputan aun el terreno á las columnas, y los pórticos se ven luchar con las rocas. Parece que el espíritu de la maquinaria, habiendo invadido los pacíficos dominios de la naturaleza, haya fijado en Puerto-Lock su campo de batalla para disputarle el señorío.

El genio insiste en querer trazar un cauce para que el rio siga un rumbo, aunque la buena madre ha dirigido siempre su marcha alegre y bulliciosa por otro; hasta las montañas caen bajo sus pies, y toman la forma que les imprime su voluntad soberana. La batalla ha sido perdida y ganada. La naturaleza ha sido completamente vencida y arrojada del campo, y el demonio que cruje, silba, hiende y raja y todo lo modifica, ha tomado posesion de Puerto-Lock para siempre.

Aquí dormimos bastante mal. Yo nunca me he sentido tan de mal humor contra lo que llaman los Americanos mejoras: el pueblo, tal cual está actualmente, es en realidad un pueblo horribilísimo, y yo confieso que lo dejé con el mayor plácer.

Nuestra jornada inmediata fué Lewiston. Durante el tiempo que empleamos en andar algunas millas antes de llegar al descanso, tuvimos la satisfacción de ver la frontera inglesa que saludamos con regocijo.

Aunque mui distante, se ve perfectamente el monumento erijido al general Brock en una eminencia vecina á la Puebla de la Reina (Queenstown).

Almorzamos en Lewiston, pero cada taza de café se nos antojaba un pecado: tanta era ya nuestra impaciencia y tanto se aumentaba,

conforme nos acercabamos al término de nuestra larga romería, por llegar á la urna santa que la naturaleza parece haber depositado tan lejos de sus adoradores, con el fin de probar la fuerza de su devocion.

Solo nos faltaban unas cuantas millas para tocar el pie del altar, pero tuvimos que atravesar un paso de barca, porque nos determinamos á gozar de la primera vista en territorio ingles. El rio Niágara es mui hermoso por aquella parte; las orillas son escarpadas y ásperas, con una riqueza de colorido y esmalte no solo en las rocas sino en los bosques y breñales que las cubren; y el agua es brillante, clara é indeciblemente verde.

Al pasar la barca, uno de los pasajeros hizo varias preguntas al muchacho que la conducia acerca de la batalla de la Puebla de la Reina (Queenstown); su poca edad no le permitió recordar muchos pormenores de aquel evento; pero era ingles, y sus respuestas llevaban el sello bien impreso de la lealtad británica. Preguntóle entre otras cosas el viajero, si los ciudadanos de los Estados-Unidos no habian sido arrojados al rio desde las alturas.

« — ¿Porqué no? Muchos lo fueron; pero era justo enseñarles que habia agua entre nosotros, y ya veis que eso podia contribuir á que

se estuvieran quietecitos en su casa y no vinieran á incomodarnos en la nuestra. »

¡ Nuestra casa ! ¡ Qué interes no despertaba esta frase á cada milla ! ¡ Nuestra casa ! Sin la idea halagüena de contemplar si no « nuestra casa, » á lo menos nuestro territorio, hubiera procurado dormirme, para engañar el tiempo que aun debíamos tardar en ver la catarata del Niágara.

Empero era una delicia para mí ver encinas inglesas, y habitaciones inglesas y niños ingleses. Las muchachas, cómo si hubieran tenido la intencion de convencernos de que no eran hijas de ciudadanos, nos hacian reverencias y cortesías cuando pasabamos, y ese ligero golpe de una urbanidad tanto tiempo desconocida nos produjo una emocion grandísima. « ¡ Mamá! mamá! ¿ esas lindas niñas parecen inglesas? ¡ Cómo me gustan! ¡ Dios las bendiga! » fué la exclamacion que arrancó su vista á mi familia.



CAPITULO XXXIII.

Niágara. — Llegada á *Forsythes*. — Primera vista de las cataratas. — Isla de la Cabra. — Corrientes. — Búfalo. — Lago-Erié. — Aventuras de la diligencia.



Por fin llegamos á Niágara. El dia era de los mas brillantes que puede dar el mes de junio, aunque cualquiera dia me hubiese parecido brillante, al contemplar por primera vez lo que por espacio de tantos años habia yo ansiado ver con tanto ardor.

El ruido del Salto no se percibe hasta que se está cerca de la posada que lo domina. Al entrar por las puertas se ve al otro lado por medio del salon un espacio abierto, rodeado de galerías, puestas unas sobre otras, y al instante comprendimos que desde allí se veia el gran prodigio.

Yo temblaba como una tonta, y mis niñas se asieron á mí temblando tambien, pero me parece que en nuestros rostros debia brillar el contento. Encontramos un mozo que simpaticizó en cierto modo con nosotras, y no nos dejó